

IÑIGO AGUAS

**LOS  
CHICOS  
QUE  
JUEGAN  
CON  
FUEGO**

**CROSS  
BOOKS**



# 1

## Hacerse famoso, hacerlo sobre la mesa

Sé que no debería estar viendo esto. No está bien que me quede escondido detrás de la puerta mientras Olivia, mi nueva jefa, mantiene relaciones sexuales en su despacho. En mi defensa, debo decir que la puerta estaba entornada y que yo lo único que quería era llegar quince minutos antes el primer día de ensayos para causar una buena impresión. Pensaba que así le demostraría a Olivia lo importante que es para mí esta oportunidad, lo mucho que valoro que ella y el resto del equipo hayan confiado en mí para que interprete a mi personaje.

Quiero ser famoso. Que la gente recuerde mi nombre.

Aunque si algo voy a recordar es este polvo. Y ni siquiera lo estoy echando yo.

Debería irme. Pero los gemidos, la carne desnuda y blanca, y toda esa atracción que nace de aquello que se nos prohíbe ver o escuchar hacen que me quede anclado donde estoy. Me parece muy morboso observar desde mi escondite lo que están haciendo. Tener sexo en un lugar donde en cualquier momento te pueden pillar me parece algo de otro nivel. Y eso que me he ganado cierta fama en mi instituto por ser el que se monta tríos con Liam, mi mejor amigo... No es ningún secreto que a él y a mí nos gusta quedar con chicas que estén dispuestas a follar con los dos a la vez.

Tengo suerte de que ellos aún no hayan reparado en mí.



No tienen ni idea de que uno de los actores que han fichado para la nueva obra, o sea yo, está viéndolo todo.

Olivia, la directora del teatro en el que empiezo a trabajar esta misma tarde, está tumbada sobre su mesa, abierta de piernas. Recuerdo que cuando la conocí en el *casting* me pareció algo estirada. Vestía un traje sofisticado y llevaba el pelo recogido en un moño perfecto. Aquella imagen nada tiene que ver con la que ahora me ofrecen mis ojos. Lo único que lleva puesto es un sujetador morado de encaje y un collar de perlas. El resto de la ropa está esparcida por el suelo.

El collar se agita violentamente sobre su pecho como si fuese a romperse de un momento a otro, porque un tío alto y de una delgadez atlética, mucho más joven que ella, la está agarrando de las piernas mientras se clava una y otra vez en su interior.

—¿Me dejas que te dé más fuerte?

«¿Se puede más fuerte?», pienso yo.

—Hazlo.

Entonces el chico observa a Olivia como si dentro de él se hubiera extendido una fuerza oscura. Su cuerpo comienza a moverse a más velocidad. Todo en él se traduce en movimiento, sudor y respiración.

Y sí, se puede más fuerte. Vaya si se puede. Si no fuera por los gemidos de Olivia, pensaría que él intenta partirla en dos a base de empujones y de hundirse hasta el fondo.

Mi jefa tiene buen gusto. No, no soy gay. Tampoco bi. Pero no hace falta que me gusten los chicos para reconocer que alguien es guapo. Y este de aquí lo es.

Puede que incluso más que mi mejor amigo.

El tío que está penetrando sin piedad a Olivia tiene el pelo muy negro, corto por los lados y más largo por la parte de arriba. Estudio su cara. Cejas finas, mandíbula marcada y unos labios gruesos que se mantienen firmes en una línea recta. No sonrío. Y yo siempre he dicho que para que alguien me parezca atractivo tiene que gustarme su sonrisa. Pero, claro, eso era antes de verlo a él. También ayuda que tenga una tableta de acero, los bíceps marcados y dos buenos pectorales que tiemblan con cada nueva penetración. El sudor que resba-

la por su cuerpo le otorga un brillo dorado. Tiene muy poco vello, apenas la sombra de una línea oscura que nace por debajo del ombligo. Parece una versión malvada de Hércules, con esa belleza clásica que te hace pensar en libros de historia del arte.

Los músculos de su torso se aprietan cuando se hunde hasta el fondo. Retira brevemente la cadera antes de volver a por más.

Me llevo una mano a mi entrepierna casi de forma inconsciente. Qué rabia tener que conformarme con solo mirar. Porque sí, ser actor es mi sueño, siempre lo ha sido, pero si hay algo que ahora mismo me tienta más es el sexo. La edad y las hormonas, supongo.

Me encantaría estar más cerca de esos cuerpos desnudos. Que me invitasen a unirme y que ese polvo que empezó siendo de dos terminase siendo de tres. Poder hacer con ellos lo que acostumbro a hacer con Liam y la chica de turno que conocemos una noche de fiesta.

Aunque, claro, no sería lo mismo sin mi mejor amigo. La confianza que tenemos Liam y yo se refleja cada vez que compartimos cama con una mujer. Y tenemos normas. Nada de besos ni tocarnos entre nosotros, solo besamos y acariciamos a la chica. Esto hace que el sexo sea fácil y cómodo. Lo que nos gusta de un trío es ver al otro disfrutar. *Ver.* Nunca hemos ido más lejos, por mucho que algunos de nuestros compañeros del instituto de Blacktown piensen que también nos hemos liado entre nosotros. Eso no nos va.

Blacktown termina donde empieza el bosque. Su límite está marcado por una estación de tren abandonada. El pueblo está formado por filas de casitas iguales. El teatro, donde me encuentro ahora, está en la ciudad de al lado. Casi todo está fuera de Blacktown, para ser sincero. Eso nos convierte en esclavos del coche. Aquí todos, cuando cumplimos dieciséis, nos sacamos el carnet. Lo único a destacar de Blacktown son las historias de hombres lobo que se cuentan para asustar a los niños y que estos no se acerquen ni al bosque, ni a la estación de tren abandonada.

Eso... y la canción.

La canción que se escribió en el garaje de una casita de

este pueblo y que convirtió a The Scream en una banda de rock increíblemente famosa. *Todos mis silencios*, así se llama la canción. La gente de fuera empezó a hablar de Blacktown. El nombre del pueblo salía en canales como la MTV, en las noticias y en los periódicos. Fue la primera vez que me sentí orgulloso de ser de aquí, como si haber nacido en el mismo lugar en el que había nacido la canción que les cambiaría la vida a tres personas adultas —personas que, lamentablemente, yo no conocía— me hiciese también especial a mí. Desde entonces supe que quería ser una estrella y brillar como ellos.

Nos pasó un poco a todos. Todos queríamos brillar.

Los lugareños empezaron a mostrar sus dotes artísticas. De pronto, el panadero cantaba ópera. El carnicero pintaba. Mi amiga Beatrice y yo nos empeñamos en que queríamos ser actores. Y descubrí que todo el mundo hacía o se le daba bien algo. The Scream fue lo que nos motivó a encontrar la fuerza para luchar por los sueños. Fue como si el pueblo entero se convirtiese en un pájaro que quería extender sus alas.

Pasaron años.

Ninguno de nosotros lo consiguió.

No salieron nuevas estrellas.

Pero es algo que pienso cambiar.

En la siguiente estocada Olivia gime descaradamente.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Aaah!

Está claro que mi nueva jefa está demasiado entretenida ahora mismo como para acordarse de que tiene una responsabilidad que atender como directora de teatro. No tiene pinta de que vayan a interrumpir el polvo. Pero son casi las seis de la tarde, la clase comienza en unos minutos y el resto de la gente estará a punto de llegar. Como no se den prisa, no voy a ser el único espectador. Un recibimiento por todo lo alto.

—Eso es. Así, así... —gruñe el chico.

Los deditos de los pies de Olivia se doblan del gusto. Tiene las piernas completamente separadas para él, ofreciéndole su intimidad y dejándolo entrar a su antojo. Y él lo hace con tanta fuerza que Olivia tiene que agarrarse al borde de la mesa para no saltar por los aires. Algunos papeles se empiezan a caer y

dan varios giros antes de llegar al suelo. La madera no deja de crujiir. El collar de perlas no va a ser lo único que se rompa como la siga machacando a ese ritmo. Va a desmontar la mesa entera. No creo que aguante mucho más. Y estoy sufriendo por el ordenador que hay en la esquina.

Hay tanto por ver que se me olvida que ellos también pueden verme a mí.

Y entonces ocurre.

El chico se vuelve hacia la puerta y me pilla mirándolos. —Mierda —maldigo en voz baja.

Me llevo un buen susto, pero, en lugar de gritar, permanezco quieto. Muy quieto. Estoy intentando hacerme invisible.

Él clava sus ojos en los míos. Cada uno es de un color diferente. El ojo derecho es azul claro, el izquierdo marrón miel. Los dos igual de fríos y calculadores.

El corazón me va a mil.

Los siguientes segundos son decisivos. El chico tiene que decidir qué hacer conmigo. Puede insultarme o, en el mejor de los casos, puede simplemente dejarlo pasar y seguir follando.

Opta por lo segundo. No parece tener la intención de chi-varse. O eso me parece al ver que sigue moviéndose contra el cuerpo de mi jefa.

Ella, desde su posición, es la única que no puede verme. Tendría que girar el cuerpo completamente.

Él, sin dejar de follar, me taladra con la mirada.

En mi interior crece la extraña necesidad de querer saber su nombre.

Hay algo que no entiendo. Cuando me ha visto, ¿por qué no ha reaccionado como lo haría una persona normal? Debería estar cabreado conmigo por espiarlos y cortarles el rollo. Pero no tiene pinta de que le haya cortado el rollo. Sigue penetrando a Olivia como si nada. Su cara no refleja sorpresa. Y no sé si es porque no le molesta tener público o porque desde el principio sabía que había alguien observándolos tras la puerta del despacho y eso le pone. Aquí cada uno tiene sus propias fantasías.

Noto los pulmones pesados y me obligo a respirar. Esta-

ba reteniendo el aire en el pecho, procurando no hacer ni un solo ruido. Apoyo mi mano con cuidado en el marco de la puerta.

No puedo apartar la mirada de sus ojos.

Tan diferentes. Tan salvajes. Tan masculinos.

Creo que nunca me había pasado esto antes con un chico, lo de no poder apartar la mirada. Cada vez estoy más seguro de que solo se debe a su heterocromía. Son unos ojos tan interesantes que resulta difícil no seguir pegado a ellos.

Él no me gusta. Sus ojos sí.

Lo único que hace que no me sienta un acosador es que él tampoco deja de mirar mis ojos, a pesar de que los míos son marrones y no tienen nada de especial. Por eso me sorprende que se quede mirándolos como si hubiese descubierto algo importante. Después su mirada cambia y me observa con lujuria. Aunque se mantiene serio, sus pupilas se dilatan. Eso me descoloca. Me desconcierta, la verdad. Tengo la sensación de que disfruta con mi presencia, como si hubiese decidido convertirlo en nuestro secreto.

—¿Qué pasa? —pregunta Olivia, con el collar de perlas agitándose sobre su pecho.

Él rompe el contacto visual conmigo y se vuelve hacia mi jefa.

—Nada. Me había parecido ver a alguien.

—La puerta —comenta alarmada—. Dime que hemos cerrado la puerta.

—Tranquila. —La coge del cuello con la mano derecha y se hunde en su interior—. Tú solo disfruta.

Después se mueve más rápido.

Ella le rodea la espalda con las piernas.

Él la embiste hasta llevarla al orgasmo.

Tardan un minuto en recuperar el aliento. Están sudorosos. Y las preguntas rondan por mi cabeza como polillas. La primera, ¿de dónde ha salido este chico?; la segunda, ¿de qué conoce a mi jefa? De Olivia recuerdo haberme fijado en su anillo de casada. La diferencia de edad entre ellos dos salta a la vista. Él no tendrá más de dieciocho y ella aparenta tener quince años más.

No, no están juntos. Es imposible que sea su marido.

Llegar a esa conclusión me tranquiliza de una forma que me sorprende. ¿A mí qué me importa si están juntos o no?

—¿Qué hora es? —pregunta Olivia incorporándose.

Ahora sí, doy un paso atrás y me escondo por completo detrás de la puerta.

—Las seis menos tres minutos —oigo que responde el chico.

—¡El ensayo! —exclama sobresaltada—. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Dónde está mi ropa? Pásame la blusa. Y tú vístete también.

Me escabullo por el pasillo. Cuando ya me he alejado lo suficiente, me apresuro hacia la sala de producción. Allí me encuentro con el director de escena, los productores y mi amiga Beatrice. Me presenté con ella al *casting*. Primero saludo al equipo, después Beatrice me da un fuerte abrazo y me susurra al oído lo ilusionada que está con este proyecto. Sonrío y le beso la mejilla. Vamos juntos al instituto y somos del mismo grupo de amigos. Los dos soñamos con convertirnos en estrellas del cine. Hacer grandes cosas. Comer el mundo.

Olivia llega a tiempo, aunque con la blusa metida de cualquier forma por dentro de los pantalones y algo despeinada. Se atusa el pelo con disimulo y carraspea antes de hablar.

—Beatrice, Nate, bienvenidos.

—Gracias —respondemos a la vez.

—Para nosotros es un honor que forméis parte de la obra.

Beatrice va a hacer de Anna Karenina. Yo seré Aleksey Aleksándrovich, el hombre con el que ella está casada.

—Sois muy jóvenes —continúa Olivia, mirándonos alternativamente— y entiendo que esta es una gran oportunidad que no podéis desaprovechar. Por eso quiero que os lo toméis en serio.

Asentimos con la cabeza.

—Bien. —Olivia sonrío y señala detrás de mí—. Beatrice, Nate, os presento a vuestro compañero de reparto, Marc. Los tres seréis los protagonistas de esta obra. Él será quien interprete a Vronsky.

Me vuelvo y choco con unos ojos que ya he visto antes.



## 2

# Sus ojos

«Marc.»

Al principio ese nombre no me ha dicho nada, aunque descubrir quién es ha sido suficiente para provocarme un escalofrío que me ha sacudido de arriba abajo.

El chico de antes.

El de la mirada hipnótica.

El que folla como un animal.

Se me hace raro verlo con tanta ropa. Pantalones negros y ajustados y un jersey del mismo color con una camiseta blanca debajo. Ambos fingimos que no nos hemos visto hace unos minutos, aunque siento calor al recordar cómo empujaba su cadera para clavarse dentro de Olivia. El sonido seco y constante, los gemidos... Las imágenes de su cuerpo empapado de sudor pasan por mi mente como un fogonazo. No me puedo creer que ahora ese chico esté aquí, que lo tenga delante y que vaya a trabajar con él. Beatrice va a flipar cuando se lo cuente.

Trago saliva y me espabilo. Mi amiga ya se ha presentado y yo sigo sin decir nada.

—Hola —saludo a Marc y le tiendo la mano.

Él la mira dos o tres segundos, quieto, pensándose si debería o no tocarme. Al final lo hace. Extiende el brazo y su mano se acopla a la mía. Estar en contacto con su piel hace que un cosquilleo se extienda a lo largo de mi brazo derecho.

Noto las mejillas sonrojadas.

No sé si es solo cosa mía o si él también lo siente. Esa conexión que nace de compartir un secreto con alguien, un secreto algo turbio. En realidad, no sabemos nada uno del otro. Él sigue siendo un completo desconocido para mí y yo para él.

—Hola —responde.

Después de dar un suave apretón retira su mano. Aunque no su mirada, que se queda fija en la mía.

De cerca, el azul de su iris derecho es todavía más claro. Lo mismo le pasa con el marrón miel del izquierdo. Sus ojos son brillantes, diferentes. Quizá por eso imponen. O quizá sea por la manera en la que me mira. Nunca nadie lo había hecho con tanta intensidad.

Es como... como si quisiera estar dentro de mí.

Vale, eso ha sonado fatal.

—Encantado de conocerte...

«Con ropa», iba a añadir, pero atino a morderme la lengua y terminar la frase antes.

Meto mi mano en el bolsillo derecho. El cosquilleo que me recorre la piel desde que sus dedos me han tocado se deshace como un hechizo que pierde fuerza.

—Igualmente, Nate.

Me gusta como suena mi nombre en su voz.

Intento mantenerme serio a pesar de tener ganas de sonreír. Ni siquiera sé por qué tengo ganas de sonreír de repente, pero debo mostrar una actitud madura y profesional delante del equipo. Todos confían en mí para interpretar a Aleksey Aleksándrovich. Voy a demostrarles que no se equivocaron al escogerme entre los cientos de candidatos que se presentaron a la audición. La obra es un movimiento de la productora que tiene como objetivo buscar jóvenes talentos anónimos y potenciar la cultura en los pueblos pequeños. Se estrenará el año que viene, concretamente, el 9 de febrero. Solo buscaban tres actores: dos chicos y una chica. ¿Por qué solo tres? Porque la idea es contar la historia de amor prohibido entre Anna Karenina y Vronsky de la forma más minimalista e íntima posible. Esa es la versión oficial. Los rumores dicen que este es el primer proyecto en el que Olivia ocupa el puesto de directora y

que la productora no quería arriesgarse dándole un presupuesto alto por si luego la cosa no funcionaba.

Muchos de los chicos con los que competía por el papel eran de mi instituto. No todos los días se buscan talentos desconocidos cerca de casa, así que bastante gente quiso probar suerte. En un pueblecito como Blacktown, donde nunca ocurre nada desde lo de *The Scream* y que está tan cerca de Nueva York, si un día te dicen que en la ciudad de al lado están buscando tres jóvenes actores para una obra de teatro, lo primero que piensas es que, si te cogen, lo siguiente será que un cazatalentos te vea actuar y termines dando el salto al cine. Parece imposible, pero ¿quién no ha soñado alguna vez con ser una estrella?

Solo conozco a una persona a la que nunca le ha interesado ser famoso: Liam. Y, contradictoriamente, ser el chico más guapo del instituto te convierte de forma automática en uno de los más populares.

Fuimos muchos los que probamos suerte haciendo el *casting*, pero ninguno lo deseaba tanto como Beatrice y yo. Estábamos obsesionados. Liam se metía con nosotros cada vez que tenía oportunidad.

—Seguidme —nos pide Olivia, con un tono firme que no se parece en nada a la voz chillona que le salía cuando estaba a punto de correrse.

Nos enseña todas las instalaciones y deja su despacho para el final. Los folios que estaban desperdigados por el suelo forman ahora una pequeña torre de papel sobre la mesa. La ventana está en cuña y el aire fresco que entra ventila la habitación.

—Si no me encontráis aquí, tenéis mi número. Llamadme y seré toda vuestra —dice Olivia mirando a Marc sin demasiado disimulo, o eso me parece.

—Perfecto —responde él, antes de que Beatrice y yo abramos la boca.

El cruce de miradas cómplices que se dedican hace evidente que van a pasar muchas horas juntos en ese despacho.

Beatrice me hace señas con los ojos, después los fija en el culo de Marc, que está de espaldas a nosotros, y vuelve a mi-

rame mordiéndose el labio para no sonreír. La muy cabrona. Pongo los ojos en blanco y finjo que no me he fijado yo también en lo apretado que le queda el pantalón.

Ella se ríe. Siempre que Beatrice ve a un chico que le parece «follable» no duda en hacérselo saber a todos: a Liam, a Melody y a mí.

Beatrice y yo fuimos novios en el primer año de instituto y duró solo un par de meses. Luego nos dimos cuenta de que no estábamos hechos para tener una relación romántica. Desde entonces se ha convertido en una de mis mejores amigas. La complicidad y confianza que tengo con ella es un punto a nuestro favor a la hora de trabajar con las emociones de los personajes. Lo que no sé es cómo voy a conseguir sentirme igual de cómodo ensayando junto a Marc. Él no tiene la culpa, pero no dejo de imaginármelo teniendo sexo con Olivia sobre la mesa del despacho.

Intento no mirarlo de nuevo.

El móvil de Olivia suena dentro de su bolso.

—¿Sí? —responde al tercer tono—. ¿Ya estás aquí? Vale. Les estaba enseñando mi despacho. Genial. Pues aquí te esperamos, cariño.

Cuelga, lo vuelve a guardar y cierra la cremallera.

—Mi marido —nos anuncia.

Marc traga saliva. Está a punto de conocer al marido de la mujer a la que se está follando. No me gustaría estar en su pellejo.

Pienso otra vez en mi jefa gimiendo como una loca y me río por lo bajo. Es una risita casi imperceptible, pero noto los ojos de Marc clavados en mí incluso antes de alzar la vista. Su expresión es dura, ahora sí parece enfadado conmigo. Espero que no haya pensado que me estaba riendo de él. Tampoco me da tiempo a preocuparme, porque justo entonces, un hombre de estatura media, con una generosa nariz, el pelo blanquísimo y un barrigón que parece llegar a los sitios antes que él, se acerca con aire despreocupado.

Casi me da un infarto al reconocerlo.

No. Puede. Ser.

—Charlie Day —se le escapa a Beatrice, alucinada.

Los dos nos quedamos con la boca abierta.

Charlie Day es uno de los directores de cine más prestigiosos de Hollywood. Este hombre te puede cambiar la vida si quiere. Participar en una de sus películas te catapulta a la fama. No me puedo creer que de verdad sea el marido de mi jefa. Aunque lo cierto es que nunca habla de su vida privada. He visto mil entrevistas de Charlie Day. Este año lo han nominado a los Oscar y a los Globos de Oro. Y ahora está aquí. En el teatro. Con nosotros. Es él de verdad, de carne y hueso.

—Así que vosotros sois los que lleváis el peso de la obra —comenta nada más llegar. Nos mira uno a uno y sonrío.

Olivia se pone a hablar con él. Ni siquiera estoy atento a la conversación, lo único en lo que puedo pensar es que Charlie Day sabe mi nombre.

No se queda más que un par de minutos, hasta que alguien lo llama por teléfono y nos dice que tiene que volver al trabajo.

—Chicos, vendré a veros actuar el día del estreno.

Es mi oportunidad. Miro a Beatrice y sé que está pensando lo mismo que yo.

El señor Day nos desea suerte con la obra y se despide de nosotros.

—A la sala de ensayos —nos pide Olivia, y los tres la seguimos por el pasillo.

Beatrice y yo comentamos con emoción lo que acaba de pasar.

—Casi me hago pis cuando lo he visto —dice mi amiga—. Nate, ¿te imaginas que nos ve en el estreno y me coge para ser la próxima prota? —Aplaude entusiasmada—. Mejor aún, ¿te imaginas que nos coge a los dos?

—¡Sería increíble!

Empezamos a fantasear y a soñar a lo grande. Charlie Day se enamorará de nuestra actuación, nos ofrecerá salir en su próxima película, y mi amiga y yo nos haremos ricos y famosos. ¡Famosos! Nos ponemos a saltar como idiotas con una alegría infantil, pero entonces nos llega la risa amarga de Marc, que se ríe y se gira hacia nosotros. Niega con la cabeza y nos mira como si estuviera a punto de decirnos que ya somos muy mayores para no saber que los Reyes Magos son los padres:

—Ya, claro. ¿Y qué más?

Desde que nos ha escuchado a Beatrice y a mí decir que es nuestra oportunidad para convertirnos en estrellas le ha cambiado la cara.

Y yo, que no me callo ni una, le suelto:

—¿Qué problema tienes?

—Parecéis dos críos en un parque de atracciones.

—¿Qué pasa? ¿Tus padres no te llevaron a ninguno de pequeño?

Olivia nos lanza una mirada de advertencia a los tres, sin dejar de caminar.

—Parece que a alguien le molestan los sueños de otros —dice Beatrice por lo bajini—. Eso, o que lleva un tiempo sin follar y está amargado.

Si ella supiera...

Marc debe de tener un oído supersónico, porque lo escucha. Y le contesta, claro.

—Me molestan las tonterías que llega a decir la gente.

—¿Y por qué te parecen tonterías? —pregunto yo.

—¿De verdad pensáis que tenéis alguna posibilidad?

—Alguna que otra más que tú, sí.

Beatrice no sabe por qué lo he dicho, pero Marc lo entiende a la primera. Supongo que por eso le escuece tanto. No le ha tenido que hacer ninguna gracia enterarse de que el hombre al que Olivia le pone los cuernos es el mismísimo Charlie Day. Lo que para nosotros es una oportunidad, para él es una putada enorme. Si el señor Day se entera de que Marc se está follando a su mujer, podría vetarlo en la industria del cine antes incluso de empezar su carrera como actor. Teniendo esa información privada y tan comprometida suya, no puedo evitar sonreír con cierta malicia y pensar que, de alguna forma, ya he ganado. Juego con ventaja. Y, sinceramente, después de cómo nos ha cortado el rollo a Beatrice y a mí..., que se joda.

Entramos en la sala de ensayos. Las paredes son blancas y tiene dos grandes ventanales por los que entra mucha luz natural. Cuatro sillas de plástico forman un pequeño círculo en medio de la sala.

—Chicos, concentración. Vamos a ensayar la primera escena.

Beatrice y yo nos sentamos juntos. Marc escoge la silla que queda frente a mí. Se deja caer sobre el asiento con las piernas extendidas. Tiene las piernas kilométricas, así que las puntas de sus deportivas casi rozan mis zapatos.

Olivia nos reparte a cada uno un taco de folios. Es el guion. Lo abro por la primera página.

—Bien. Os doy un minuto para que os metáis en la piel de vuestro personaje, ¿vale? Quiero seriedad. El tiempo es oro.

Leo en mi cabeza las primeras líneas del diálogo. Quiero hacerlo bien, esto es importante para mí. Intento concentrarme y sentir que dejo de ser yo y me convierto en mi personaje. El señor Aleksey Aleksándrovich. Llevo medio minuto en silencio cuando alguien me da una patadita. Miro inmediatamente a Marc. Sé que ha sido él. Parece muy concentrado en su guion, así que doy por hecho que ha sido sin querer y sigo a lo mío.

Otra patadita.

No habrán pasado ni cinco segundos. Hago acopio de una paciencia que no tengo, porque soy una persona muy nerviosa, y lo dejo pasar.

Otra patadita.

Es la tercera. Dos vale, pero tres no.

Carraspeo, dejo el guion y le planto cara.

—Marc.

—¿Mmm?

Pone cara de falsa inocencia, fingiendo que no sabe lo que le voy a decir.

Beatrice y Olivia también me miran y me siento un poco cohibido, no por mi amiga, sino por mi jefa, porque es evidente que no le hace demasiada gracia mi interrupción.

—Nada. Que me estás dando pataditas y..., bueno, eso. Que pares.

—¿Yooo?

«No, tú no, mi prima que está en el pueblo. No te jode.»

—Sí. Con la zapatilla. —Por si es tonto y necesita que se lo expliquen todo.